

A poco de haber recibido su primera comunión, estuvo cuatro años postrada y reducida á la última estreñidad en el lecho del dolor, á causa de un reumatismo y parálisis. El efecto que esta enfermedad produjo en ella, fué destruir, por algun tiempo á lo menos, cierta tendencia á las distracciones á que se sentía naturalmente inclinada por su carácter alegre y expansivo. Su confianza en la Virgen le hizo alcanzar su curacion. Aprovechóse de esta circunstancia para progresar en la vida espiritual, y á los trece años consagraba diariamente dos horas por la mañana y dos por la noche á la meditacion: ayunaba tres veces á la semana, llevaba cilicio y dormía sobre la dura tierra: no tardaron en presentársele en las piernas unas úlceras tan incómodas, que no le fué posible tenerlas ocultas. Fueron inútiles cuantos remedios se le aplicaron, pero Margarita unió sus oraciones á las de su madre, y al fin pudo librarse felizmente de aquella dolencia.

El restablecimiento de su salud despertó de nuevo en Margarita su propension á las distracciones. Sus confesiones, que hasta entonces habian sido muy frecuentes, se fueron haciendo cada vez mas raras: el afecto que su familia le dispensaba, lisonjeó su vanidad, quiso participar de las diversiones del mundo, y hubo un año que durante el Carnaval fué á un baile de máscaras con un disfraz. Esta relajacion, despues de tanto fervor y tantas austeridades; esta relajacion que tan amargamente lamentó en lo sucesivo, y que prueba cuánta es la debilidad del hombre cuando desprecia los poderosos medios de salvacion que el Señor le ofrece en los sacramentos, no duró mucho tiempo. El Señor volvió á ponerla en el buen camino, enviándole nuevas cruces. No fueron por esta vez las enfermedades, sino otras penas no menos sensibles, las que obligaron á la jóven á pensar con alguna seriedad en su situacion. Su madre, incapacitada por la edad, se vió en el caso de ponerse enteramente en manos de criadas que supieron granjearse de tal

manera su voluntad, que se convirtieron en verdaderas dueñas de la casa, en especial para dar el mas duro trato á Margarita y á toda su familia. Bajo el pretexto de economía, rehusábase frecuentemente las cosas mas precisas; de manera, que mas de una vez tuvo la jóven que pedir á sus vecinas un vestido limpio para poder ir á la iglesia. Los modales mas groseros, las palabras mas ásperas, eran la expresion habitual de aquellas mugeres al negar, como ya se ha manifestado, las cosas mas precisas, llegando al extremo, segun aseguró la misma jóven, de hacerle creer que le hubiera sido menos dura la condicion de mendigar su sustento. Entonces fué cuando Margarita volvió á poner en Dios toda su atencion y esperanza, y no pocas veces postrada de rodillas ante un Crucifijo pasaba el tiempo llorando ó dirigiendo ardientes súplicas á la Virgen Santísima. Dios la concedió por de pronto una paciencia tan grande, que llegó hasta sentir en su corazon un cristiano afecto á las mismas personas que la atormentaban. Tambien la otorgó otra gracia, que fué la entera curacion de su madre, atacada de una grave dolencia, siendo de notarse que el cirujano que la asistia habia dicho que solo por un milagro podia alcanzar la salud.

La tierna solicitud, el asiduo cuidado con que Margarita trató á su madre durante la enfermedad, realizaron su mérito á los ojos de las personas que la conocian y les inspiraron el deseo de proporcionarle una posicion mas ventajosa. Presentáronse varios partidos solicitando su mano, pues aunque se sabia que sus bienes de fortuna eran escasos, las buenas cualidades que la adornaban suplían esta falta. Estas pretensiones atraian muchas visitas á casa de su madre, y Margarita no siempre se defendía con mucha fuerza de la satisfaccion que esta frecuencia de gentes le causaba, y acaso hubiera accedido muy gustosa á alguna de las proposiciones de casamiento para ser mas útil á su madre. Pero existian dos

obstáculos, á saber, un voto de castidad que habia hecho siendo niña, y la íntima persuasion de que Dios la llamaba al estado religioso. Rudo era el combate que Margarita tenia que sostener para decidirse á tomar un partido. Su piedad filial la retenía al lado de su madre de quien era tiernamente amada. El temor de resistir á la voluntad de Dios, y la turbacion que en su ánimo causaban las diversiones, la instaban á tomar cuanto antes el estado religioso. Esta penosa situacion se prolongó bastante tiempo; pero al fin la gracia triunfó en su alma de las inclinaciones naturales y de su propension á los placeres. Resolvió formalmente consagrarse al Señor; rogó que alejasen de su casa á los que la visitaban, y no pensó mas que en prepararse á consumir el sacrificio practicando obras de misericordia. Costóle bastante trabajo alcanzar el consentimiento de su familia, pero al fin le obtuvo y no se trató ya mas que de la eleccion del convento en que debía presentarse.

Habiendo hecho Margarita un viaje á Macon, vió una de sus primas en el convento de ursulinas de esta ciudad, cuya religiosa hizo los mayores esfuerzos para decidirla á que entrase en él, comprometiéndose por su parte á facilitarle todos los medios; pero Margarita no quiso consentir, diciendo: «Si entro en vuestro convento, seria por el amor que tengo: quiero entrar en una casa donde no tenga ni conocidos, ni parientes, para ser religiosa sin otro motivo que el amor de Dios.» Así lo hizo efectivamente: sin conocer el instituto de la Visitacion de Santa Maria, se sentía atraída con preferencia hácia esta orden solo porque llevaba el nombre de la Virgen. Dijéronle que habia una poblacion llamada Paray-le-Monial que poseía un convento de la Visitacion, y Margarita pasó á visitarle acompañada de uno de sus hermanos. Al presentarse en el locutorio, oyó una voz en lo íntimo de su corazon que la decía: «Aquí es donde te quiero.» Esta mística advertencia la lle-

no de alegría, y la favorable acogida que la hizo la superiora, que consintió en recibirla, coronó sus deseos. Despues de haber superado otras nuevas dificultades por parte de su familia, Margarita entró al fin en esta casa el 25 de mayo de 1674 á la edad de veinte y tres años.

La sencillez, el candor, la docilidad y el amor á la virtud que la jóven postulante traía á la religion, la hacian bien digna de recibir las gracias extraordinarias que Dios la reservaba, y con las que fué realmente favorecida desde su entrada en el monasterio. Desde luego comprendió que sus acciones debían modelarse por la vida de sufrimientos que padeció Jesucristo, cuya esposa iba á ser. Esta inspiracion la hizo concebir tan alta estima y tan vivo amor á las penalidades que incesantemente andaba buscando ocasion de mortificarse. Con estas santas disposiciones tomó el hábito y pasó el tiempo del noviciado, durante el cual tuvo no pocas ocasiones de satisfacer su afán padeciendo, pues la maestra de novicias la reprendía á menudo, á causa de la sublime altura á que Margarita se elevaba en la oracion, altura en la que el Salvador, que ya la hablaba interiormente, la habia colocado ya desde en once. Pero las reprensiones de la maestra no fueron mas que un preludio de los disgustos que la esperaban despues de su profesion. Habiendo pronunciado en 6 de noviembre de 1672 los votos que irrevocablemente la consagraban á Dios, vino á ser el modelo de la comunidad por su humildad, obediencia, amor á la pobreza y á Jesucristo, y por su constante amor á la oracion y á las austeridades. Virtudes eran estas que debían admirar y edificar á todo el mundo; pero no fué así: antes de que su mérito fuese ventajosamente conocido, permitió el Señor que su sierva espermentase mil contrariedades. El demonio la atormentaba: las superiores que se iban sucediendo en el gobierno de la casa, prevenidas contra los caminos extraordinarios

por donde Margarita era conducida, desconfiaban de ella y la trataban con aspereza. A fin de conocer si había ilusión ó superchería en su estado, la encargaban de ocupaciones esterioras que exigían mucho cuidado y la esponían á la distracción: en otras ocasiones ponían á prueba su paciencia, y á todo esto se añadían frecuentes y dolorosas enfermedades que la causaban males casi continuos. El servicio de Dios tampoco iba siempre acompañado para ella de consuelos y dulzuras; pero esta alma santa, insaciable de sufrimientos por el ardiente deseo que tenía de imitar á su divino Esposo en beber el cáliz de la amargura, sufría aquellas diversas penalidades con valor heroico y con una sumisión perfecta á la voluntad del Señor. Robusteciase para la lucha en la frecuencia y fervoroso afán con que acudía á la sagrada Mesa y en su incansable asiduidad en las visitas al Santísimo, en lo cual pasaba á las veces noches enteras, si la obediencia se lo permitía. Entonces era cuando particularmente nuestro Señor, comunicándose á su fiel esposa, la revelaba los secretos de la mas alta perfección y los misterios de su divina caridad. Cierta día, que Margarita se hallaba postrada al pie del altar, completamente absorta en la contemplación de la inmensa ternura de Jesucristo para con nosotros, se le apareció este, y haciéndole comprender á qué punto llegaba el amor de su corazón hácia los hombres, le anunció que la había escogido para propagar el culto de aquel corazón adorable; pero que no podría conseguirlo sino por medio de los sufrimientos y humillaciones que le estaban preparadas. Al mismo tiempo le hizo sentir en el lado izquierdo junto al corazón, un dolor que conservó durante toda su vida.

Las superiores de Margarita exigían que les contase todos los favores extraordinarios que recibiese, y hasta que los pusiera por escrito. Preciso era, pues, darles á conocer esta revelación que acabamos de referir; pero su

obediencia no tuvo en esta ocasión mas resultados que proporcionarla nuevas contradicciones. Tratáronla de visionaria y hasta rehusaron por algún tiempo darle ningún auxilio para el mal que sufría. Así es como obraba la superiora, y sus compañeras no la eran mas favorables, hallándose casi todas prevenidas contra ella; pues por mas que digan los incrédulos, no siempre se halla en las comunidades religiosas disposición para creer lo que traspasa los ordinarios caminos de la piedad. Algunos años tuvieron que trascurrir para que se disiparan las prevenciones de las hermanas de la Visitación de Paray contra su santa compañera. Sin embargo, esta sufrió con resignación, y en todo aquel intervalo no hizo mas que dedicarse á progresar en el camino de la perfección. Su afición á la vida interior no era un obstáculo para que dejase de ser útil al monasterio en las diferentes ocupaciones que la confiaban: entre otras desempeñó con muy buen resultado la de maestra de las pensionistas, procurando sobre todo inspirar sentimientos de piedad á las educandas de que estaba encargada. Era admirable el celo que desplegaba en ganar para Dios aquellas almas inocentes y en comunicarlas algunas chispas del fuego divino que devoraba su pecho. Nada mas que fervor respiraba en todas sus palabras: sabía hablar de la Religión sin hacerse importuna, y santificar hasta las mismas distracciones de sus discípulas: así lograba captarse su confianza, y no tardaba en hacerse tan amiga suya como maestra. Igual conducta observó con las novicias de cuya dirección se encargó en 1685, pudiendo decirse que tampoco omitió cosa alguna para granjearse su corazón; conducíalas á la perfección por el camino que mas convenia á cada una de ellas; insistía en la devoción del sagrado Corazón de Jesús y las enseñaba los modos de utilizarla; pero esta santa devoción volvió á ser para ella manantial de nuevas persecuciones.

En la época en que vivía Margarita, el Di-

vino Corazón no recibía, propiamente hablando, culto público en la Iglesia: limitábase únicamente al homenaje que algunas almas fieles le tributaban en particular. La santa religiosa, á quien el Salvador había encargado de extender este saludable culto le propagaba por cuantos medios estaban á su alcance; pero sus compañeras estaban muy lejos de secundar sus esfuerzos. Por el contrario, consideraban como innovaciones las prácticas que Margarita inspiraba y quería introducir entre sus discípulas. Uniéronse á las quejas las murmuraciones, y hasta se calificó de escándalo. Margarita sostuvo el ímpetu de esta tempestad con la paciencia que en otras ocasiones había demostrado, y el Señor, cuyos designios ella ejecutaba, la robustecía con el auxilio de su gracia. Varios años antes de esta última contradicción, la había dado en la persona del P. La Colombiere, de la Compañía de Jesús, un guía tan ilustrado como consolador. Este insigne religioso, tan célebre por la santidad de su vida, como por sus talentos como orador, pasó al Paray en 1675 como superior de una casa de la Compañía: allí vió y comprendió á la sierva de Dios, á quien se obligó á consultarle. Lejos de creer que fuese una muger ilusa, como muchas personas se lo aseguraban con sobrada ligereza, vió en ella un alma predilecta sobre quien el cielo había derramado con abundancia sus mas preciosos dones. No tuvo reparo en hacerse discípulo suyo y en adoptar la devoción al Sagrado Corazón; así que recomendó y propagó por su parte esta devoción hasta que ocurrió su muerte en aquella misma población el 15 de febrero de 1682. Este religioso contribuyó á destruir las prevenciones que se habían concebido contra Margarita, y el tiempo acabó de disiparlas enteramente. La comunidad de las hermanas de la Visitación de Semur se unió á ella para honrar el Corazón de Jesús, y el convento de Paray imitó su ejemplo el viernes después de la octava de Corpus del año de 1686. La superiora con toda la comunidad se consa-

gró aquel día del modo mas solemne á aquel adorable Corazón. Resolvieron levantar en el interior del convento una capilla en honor suyo, y así lo hicieron efectivamente. La santa religiosa, llena entonces de júbilo al ver satisfechos sus deseos, escribía en su fervoroso arrebato: «Moriré contenta, pues al fin veo que el Corazón de mi Salvador principia á ser conocido.» Aun tuvieron sus hermanas la dicha de poseerla cuatro años después de este suceso, y como ya no podían menos de contemplarla con veneración, la eligieron asistente, y hasta pensaban nombrarla superiora; pero Dios no lo permitió, pues esta fervorosa religiosa, consumida por las austeridades, por las penalidades que había sufrido, y mas aún por su amor á Jesucristo, murió con admirables sentimientos en 17 de octubre de 1690, á la edad de cuarenta y tres años.

La devoción al Sagrado Corazón, inspirada á la venerable Margarita María Alacoque; establecida por el P. La Colombiere, siervo de Dios, mas ilustre aún por su gloriosa condición de confesor de Jesucristo en Inglaterra que por sus excelentes obras y por su título de predicador de la duquesa de York, que posteriormente fué reina de Inglaterra; sancionada por el aprecio de todas las personas en quienes la virtud igualaba al mérito, confirmada de un modo tan brillante por los prodigios que revelaban su eficacia, y en el número de los cuales debe figurar la súbita desaparición de la peste de Marsella; esta devoción, volvemos á decir, se propagó con un maravilloso resultado en casi toda la Francia, se extendió á Polonia, atravesó los mares, floreció en Malta y en Quebec, avanzó á la India y hasta la misma China, siendo autorizada por varios breves, y entre otros por uno de Benedicto XIV de 28 de mayo de 1757. Habiendo aprobado un decreto de la Congregación de ritos, de 28 de enero 1765, el culto del Corazón de Jesús, Clemente XIII sancionó este decreto en 6 de febrero siguiente. Poco después los obispos de la asamblea

de Francia decretaron, en una deliberacion sobre el particular, hacer celebrar este culto en sus diócesis, é invitar á sus colegas á que siguieran su ejemplo: asi se hizo efectivamente. Varios prelados espidieron Pastorales para indicar á sus fieles lo que debian pensar acerca de esta devocion, y para responder á las objeciones de los que la criticaban; pues aun no habia llegado á merecer la aprobacion de todo el mundo. Aquellos, para quienes toda práctica religiosa es una supersticion, se mofaban de ella como de todas las demas. Otros, que en este particular se adherian tambien á la opinion de los filósofos, hablaban de la devocion del Sagrado Corazon como de una especie de idolatría, y con cualquier pretexto la ridiculizaban. Llegaron hasta el punto de escribir contra ella, y es de notar que con frecuencia emplearon las mismas objeciones que los protestantes usan para combatir la Eucaristía. Pero los verdaderos fieles saben muy bien que el culto del Sagrado Corazon (a) no es mas que un modo de escitar en nosotros el amor al Hijo de Dios, y la aprobacion de la Iglesia basta á los que no desean mas que ilustrarse (1). A pesar de esto, no faltó quien, siguiendo el acaloramiento de su imaginacion, la clasificó de heregía, dando el nombre de *Cordicolas* á los que la practicaban (2).

El culto tributado á los personajes beatificados ó canonizados por la Sede Apostólica, el ejemplo vivo de los Santos, que no habiendo pagado aun su tributo á la muerte embalsamaban el mundo con el aroma de sus virtudes, la propagacion de la tierna y simbólica devo-

(a) Recomendamos aqui á nuestros lectores la interesante obra titulada: *Espiritu y práctica de la devocion al Sagrado Corazon de Jesus*, por el P. don José Rigaud de Montenart, y que se halla de venta á 10 reales en rustica, y 14 por el correo, franco de porte, en la redaccion de EL CATÓLICO. (N. del E.)

(1) *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII*, p. 462, 463.

(2) Gregoire, *Hist. de las Sect. relig.*, t. 2, p. 244.

cion al Sagrado Corazon del Hijo de Dios, eran otros tantos medios para reanimar el fervor. Desgraciadamente, en la corrupcion general de costumbres y en las disposiciones de ciertos gabinetes para con la Santa Sede, habia obstáculos que se oponian á la regeneracion de la vieja Europa.

Si recorriésemos los Estados de que esta parte del mundo se componia en aquella época, veriamos que los hechos justificaban completamente nuestra proposicion.

No es esto decir que los atentados dirigidos por los novadores contra el centro de la unidad católica quedasen siempre impunes, pues la suerte que tan merecidamente le cupo á Pedro Giannone, famoso escritor napolitano, es un ejemplo que prueba lo contrario. Pero Giannone, nacido en 1676 y muerto en 1758, pertenece á una época muy anterior á la que nos ocupa en este momento: en su tiempo, el espíritu de contradiccion no habia adquirido aun bastantes raices para que su *Historia civil y eclesiástica del reino de Nápoles*, publicada en 1723, pudiese pasar sin sufrir legítimas contrariedades. En vista de este libro, en que Giannone afectaba tanta pasion contra la corte romana, y lanzaba tiros tan atrevidos contra el clero, estalló la indignacion del pueblo. Viéndose el temerario escritor excomulgado por el arzobispo de Nápoles, emigró á Viena, y su obra fué puesta en el índice. Obstinándose en su error, á pesar de la indulgencia del cardenal Pignatelli, arzobispo de Nápoles, que le habia levantado la excomunion, hizo circular varios opúsculos manuscritos en que protestaba contra la sentencia que habia recaido sobre su libro y se desencadenaba violentamente contra la Santa Sede. El emperador Carlos VI, rodeado de los protectores de Giannone, le habia asignado sobre los derechos de la secretaría de Sicilia una pensión, que perdió cuando don Carlos subió al trono de Nápoles. Viéndose obligado á salir de Viena, y sucesivamente espulsado

de varias ciudades de Italia, se refugió en Ginebra. Allí se estaba disponiendo á publicar un tomo de suplemento de su *Historia*, cuando habiendo sido llevado por un hombre que se le vendia por amigo á un pueblo perteneciente al rey de Cerdeña, fué preso en 1736 por orden de este soberano: sus manuscritos fueron tambien arrebatados y remitidos á Roma, y él fué conducido al castillo de Miolan, luego á la fortaleza de Ceve, y despues á la ciudadela de Turin, donde pasó doce años consecutivos. Allí es donde prestándose á oír las reflexiones del P. Prevet, del Oratorio, retractó en 4 de abril de 1738 las máximas que habian hecho reprobar su *Historia*: retractacion que no puede menos de considerarse como desinteresada, pues no sirvió para obtener su libertad, y él murió en la prision á la edad de setenta y dos años, y como leal, pues le hizo perseverar hasta el último momento en las piadosas ideas que se la habian inspirado.

El castigo dado á Giannone, no parecia á propósito para inspirar aliento al desenfreno de los escritores; sin embargo, Bernardo Tannucci que nació en Toscana en 1698, y murió en 1783 en Nápoles, teatro de su deplorable celebridad, no lo interpretó como una leccion. Es verdad que este hombre, funesto adversario de la Religion, lejos de estar refrenado gozaba de la proteccion de don Carlos. Llamado á la sucesion del estado de Toscana, en donde el último Médicis acababa de morir sin dejar heredero de su ilustre nombre, este jóven hijo de Felipe V habia pasado en 1730, desde España á Italia, á fin de tomar el mando de las tropas que S. M. católica habia enviado para acelerar la ejecucion del tratado de Sevilla. Tannucci se dió á conocer por una obra contra el derecho de asilo, que calificaba de contrario á todas las leyes divinas y humanas y subversivo de todo poder legítimo. Esta obra fué prohibida en Roma; pero su autor, habiendo hallado coloca-

cion en el ejército de don Carlos, le siguió á la conquista del reino de las dos Sicilias, y allí pasó bien pronto por todos los grados de la ambicion. Al tomar el vencedor las riendas del gobierno, por haberle Felipe V cedido sus derechos á aquella corona, se abandonó á Tannucci que, careciendo de esperiencia en los negocios, atacó las prerogativas de la Santa Sede y los privilegios de la nobleza con increíble encarnizamiento. Siguiendo estas máximas, disminuyó los derechos de la cancellería romana, prohibió la adquisicion de bienes á las manos muertas, limitó la jurisdiccion de los obispos y quitó al nuncio del Papa el derecho de pronunciar y mandar ejecutar sentencias en los límites de la jurisdiccion que le estaba reconocida. Todas estas cosas conmovieron el edificio antiguo, sin sentar base alguna de un edificio nuevo. Al mismo tiempo Tannucci, como político inhábil, se creyó dispensado de atender á la seguridad del reino, y esta negligencia que en la guerra llamada de la Pragmática Sancion (1740) puso á Carlos III en el duro caso de tener que firmar un tratado de neutralidad bajo el cañon de un almirante inglés, se prolongó durante todo el reinado del sucesor de este príncipe, y rebajó al reino de Nápoles del rango de las potencias militares de Europa. Tannucci no dirigió con mucho mas tino el negociado de justicia; su sistema de hacienda estaba tambien fundado sobre bases falsas, y por último, siendo asi que por lo menos deberia haberse manifestado como protector de los literatos, se condujo de manera que mas puede decirse fué su despreciador que su sosten. En una palabra, por cualquiera parte que se examine su larga carrera política, no se halla nada que haya podido servir de fundamento á la reputacion que alcanzó durante su vida y que no le ha abandonado aun despues de su muerte. Lo que al parecer contribuyó á estraviar la opinion del público por lo relativo á este ministro, es el empeño que tuvo en oponerse á la Inquisicion,